

*Informe redactado por el comisario militar Octavio Minerva para el tecnólogo Metellus sobre el altercado fronterizo con el Estado Democrático Interplanetario de Vaalbará. 26 de Sextilis del 515 tras la Caída de Gea.*

Antes de comenzar este parte informativo de los hechos ocurridos el año pasado durante el intento de purga de los piratas del sistema Eros, le certifico que como comisario no tengo relación ninguna con los miembros de Minerva aquí nombrados, y que antes de dictaminar mi veredicto han sido revisadas todas las Leyes Internas. Ante la imposibilidad de interrogar al oficial de mayor rango al cargo de la misión, se ha decidido entrevistar a la responsable directa del suceso. Sin más dilación, le presento la transcripción, comenzaré desde el principio.

Cité a Aelia, sargento primero de infantería en la base espacial del Borde Exterior para proceder a su interrogatorio, como máxima responsable de los hechos. Me sorprendió su juventud, no debía tener más de veinte años, y su aparente calma, ya que mostraba bastante entereza para haber perdido su brazo derecho en la misión. Estábamos en una habitación sin ventanas, donde solo había dos sillas y una mesa. Me senté frente a ella y me presenté.

—Buenos días, mi nombre es Octavio, ¿conoce la razón por la que estoy investigándola, verdad?

—Sí, ya me imaginé que pasaría algo así en cuanto vi aparecer a los vaalbaranos. Supongo que les habrá asustado ver a un puñado de soldados turanienses tan cerca de sus planetas cenagosos. No me quiero ni imaginar qué le habrá dicho su embajador a la Gran Tecnóloga Dolabella.

—Aelia, estoy aquí para informar de la manera más precisa al tecnólogo de Minerva. De lo que yo le escriba y le recomiende tomará una decisión acerca de su futuro. Quiero ayudarle, pero necesito que colabore y me cuente toda la verdad.

—La verdad es que tendremos problemas con esas ranas bípedas hasta que despleguemos toda la flota en sus charcos y los reduzcamos a cenizas.

—Comprendo su enfado, y créame, estoy de su parte. Dependerá solo de usted si el documento redactado a partir de esta entrevista será positivo o negativo. Ayúdeme a sacarla

de este problema en el que la han metido. Puedo hacer que todo esto acabe siendo beneficioso para usted.

—De acuerdo, le diré todo lo que ocurrió desde el principio. ¿Tiene tabaco? Me vendría bien para olvidar un poco el dolor —me dijo levantando el muñón—, y esto va para largo.

Deslicé un paquete entero y un mechero hasta ella. Los tomó con torpeza con su mano izquierda y se encendió el primero de otros muchos cigarrillos. Aspiró una larga calada, que soltó con lentitud, como cansada de todos los problemas que le había causado el incidente. A partir de este punto transcribo la conversación con sus mismas palabras.

Como ya debe saber, pertenezco al batallón embarcado en el crucero clase Pictoris Spiculum, una nave de guerra de tamaño medio. Era Martius del 514, el año pasado, cuando nos llegó la orden del gobernador del sector de eliminar la amenaza pirata de los sistemas más alejados del Borde Exterior. Los seguidores de una tal Iohanna “Perla” Veborg conocida como la Bruja Cósmica, estaban diezmando la actividad comercial de varios mundos. Así que nuestro capitán siguió el procedimiento habitual y desplegó sondas de espionaje para detectar naves no registradas por las zonas afectadas. Nos retiramos y esperamos una respuesta.

Tras semanas sin actividad, el puente de mando recibió un mensaje automático. Varias astronaves de pequeño tamaño, con una velocidad poco común habían pasado cerca de la frontera. Las sondas fueron capaces de dispararles un pequeño proyectil localizador, cuya señal nos llevó al espacio no reclamado entre el Dominio de Turán y Vaalbará. Nadie vivía allí, al menos no dentro de la legalidad, así que solo podía significar una cosa. Eran piratas, y los habíamos localizado, comenzaríamos a trabajar para eliminarlos.

La señal nos enseñó nuestro objetivo, el planeta Voluptas, perteneciente al sistema Eros. Los datos de la última exploración a su superficie tenían más de doscientos años, y en todo ese tiempo cualquiera podría haber instalado allí una base para el contrabando y la piratería con relativa facilidad.

El capitán puso rumbo a Voluptas, confiando en que solo se trataría de un puñado de errantes salvajes, que no serían rival para un crucero. Qué equivocado estaba, puede estar

seguro de que soy sincera, su arrogancia fue la culpable de todo lo que ocurrió después, y no mi actuación.

El topógrafo de la nave hizo la exploración de la superficie pertinente, y no detectó ninguna construcción, ni ninguna base. Sus drones no encontraron nada que indicara que allí pudiera vivir alguien, a pesar de su atmósfera respirable. Supuso que de haber algún hangar, éste debía estar ubicado en alguna de las enormes cuevas repartidas por toda la superficie del orbe. Además, el localizador que nos había llevado hasta allí se había desprendido de la nave interceptada y había caído en medio del océano, así que solo quedaba una opción, detectar el escondite enemigo a pie.

No estábamos preparados para ello, créame. Somos infantería regular, entrenada para misiones de ataque en batallas y asaltos de naves. Esta era una misión para soldados de infiltración, especializados en este tipo de situaciones, pero no nos opusimos a las órdenes de nuestros oficiales. Espero que tenga esto en cuenta en su informe, ya que fuimos enviados sin la formación ni el equipo necesarios para la misión.

Mi pelotón fue seleccionado junto a otros por nuestra experiencia en el combate contra la piratería. Veníamos del brazo de Sagitario, donde dos años antes habíamos salvado a varias colonias del asalto de unos errantes renegados, y habíamos cogido cierta fama entre los gobernantes. Sí, todos querían que fuéramos a ayudarles, pero la casa nos envió hasta aquí, donde estaba repuntando el crimen espacial.

Embarcamos en una lanzadera que nos llevó hasta la superficie, en una pradera. La vegetación de Voluptas es extraña, de alguna forma parecida a la de Turán, pero dominada por el color rojo. En aquella llanura el cabo Escipión pasó revista y comprobó que la comunicación y los visores infrarrojos de nuestros cascos funcionaran a la perfección. Teníamos armas y munición para acabar con todos aquellos bastardos nosotros solos, sin ayuda de nadie más. Y no exagero, no sería la primera vez que lo hubiésemos conseguido.

Nos adentramos en aquella selva carmesí como las armaduras marisianas, rumbo a las cuevas designadas como posibles bases. Atravesamos una naturaleza virgen, como si nunca antes hubiese sido tocada por ningún ser inteligente, densa y llena de vida salvaje. Por desgracia, aquel espectáculo deseado por cualquier biólogo de la casa Diana nos impedía usar las motodeslizadoras, así que tuvimos que andar, cargar con el equipo y abrirnos paso

con los machetes a través de él..

Solo la seguridad de que el enemigo se encontraba en aquel mundo nos convencía de que teníamos que seguir adelante. El visófono nos marcó el rumbo hacia nuestro primer objetivo, una gran apertura en una montaña que teníamos a varios kilómetros, aunque apenas veíamos el cielo. Pronto empezamos a elevarnos y durante tres días subimos aquella pendiente, que fue haciéndose más y más inclinada hasta que tuvimos que echarnos los fusiles al hombro y escalar usando las manos. Aquello no era como los bosques de Turán, comisario, en Voluptas no puedes distinguir apenas la mañana del anochecer.

Llegamos a la enorme cueva fatigados de aquella interminable subida. Ordené a mis hombres descansar un rato, mientras contemplábamos aquella maravilla. Nunca había visto algo similar, y puedo decir que he estado en varios mundos en estos cuatro años de servicio. De aquella oquedad de más de cien metros de altura nacía un río, que continuaba su cauce montaña abajo. La vegetación abundaba en su entrada y decenas de pequeños seres iban de un lado a otro, mirándonos con curiosidad.

Pero no estábamos allí de turismo, teníamos que comprobar si aquel era el lugar donde se escondían los saqueadores, así que ordené a mis soldados encender el visor infrarrojos y nos adentramos en la oscuridad. El río era superficial al principio, pero fue haciéndose cada vez más profundo, hasta que nos encontramos con el agua por la cintura. Cada vez estaba más convencida que aquella no era la cueva que buscábamos, y que tendríamos que continuar nuestra búsqueda en otro sitio cuando escuchamos una especie de graznido, y una figura alada se abalanzó sobre uno de mis hombres. Sin pensarlo disparé a aquel monstruo de más de dos metros repetidas veces hasta que murió. Era una especie de lagarto con alas que por fortuna no había causado heridas, pese a las terribles garras que tenía. Poco más pudimos estudiarlo, pues enseguida empezamos a escuchar más gritos, y decenas de esas criaturas se abalanzaron contra nosotros con muy malas intenciones.

Nos tuvimos que retirar como pudimos, tropezando con las piedras del lecho y matando tantos seres como éramos capaces hasta que llegamos al exterior. No nos persiguieron más, aquella cueva era su casa y nosotros habíamos irrumpido en ella sin permiso. Ya habíamos tenido suficiente acción, así que acampamos allí mismo, ya continuaríamos con la exploración al día siguiente.

Aquella noche contacté con el resto de sargentos cuyos pelotones participaban en la misión. Ninguno de ellos había encontrado nada que indicara actividad humana. Todos hablaban de lo mismo, la agobiante y exuberante vegetación que todo lo cubría. Solo un grupo había aterrizado sobre terrenos desérticos que permitían usar vehículos, y ya habían terminado de explorar todos sus objetivos.

Nuestro siguiente destino era una grieta de varios cientos de metros de ancho que se abría en una llanura, a treinta kilómetros de allí, una distancia que recorreríamos en un día a pie en circunstancias normales. Pero aquel mundo no tenía nada de normal, tardamos una semana hasta que llegamos al borde del acantilado, que estaba cubierto de vegetación hasta donde llegaba la luz. Más abajo todo se ensombrecía, allí es donde teníamos que ir.

No sabía muy bien qué teníamos que buscar, pero debíamos bajar hasta el fondo y explorar aquel singular paraje. Por suerte, las paredes permitían el descenso sin usar apenas herramientas y con la ayuda de unos estimulantes reunimos la valentía necesaria para asomarnos por aquel barranco casi infinito. Los árboles formaban una escalera natural en su apiñada búsqueda por la luz y alcanzamos el fondo del precipicio en un día.

Por aquel entonces el sistema higiénico de nuestras armaduras se había agotado, y nos ahogábamos en nuestro propio olor corporal. Imagino que no sabe lo que es eso, a no ser que haya estado más de diez días embutido en un uniforme de combate sin poder quitarse más que el casco para comer. Dividí a mis hombres en turnos y les hice bañarse en uno de los lagos que había allí. No me mire así, comisario, lo necesitábamos todos, yo incluida y le aseguro que no fue nada agradable bañarse en aquellas aguas frías.

Pero ese no era nuestro peor problema. Las raciones de comida y el agua se estaban agotando, al igual que el tiempo que teníamos para la misión, así que les apremié a registrar aquella sima todo lo rápido que pudiesen. Buscamos durante horas entre la ladera algún hueco por donde cupiera una nave monoplaza sin resultados hasta que Escipión me llamó a través del casco.

—Sargento, he encontrado algo, y por la forma que tiene diría que puede ser la base enemiga.

Corrí hasta donde se encontraba el cabo, esperando encontrar una compuerta metálica, pero en su lugar solo había una gruta, similar a la que habíamos visitado una semana antes.

—Cabo Escipión, ¿puede decirme qué tiene esa cueva que no hayamos visto antes?

—Observe las paredes laterales, mi sargento. Están labradas y ¿ve esos arañazos? No creo que sean naturales.

En efecto, la entrada tenía una de sus paredes verticales, como si la hubieran ampliado para agrandar el hueco y un piloto torpe hubiese restregado una de las alas de su nave al entrar. Era más que suficiente para poder afirmar que habíamos encontrado la guarida de la Bruja Cósmica.